



MARXISMO Y FORMA

Fredric Jameson

Akal / Teoría literaria / 23

Fredric Jameson

Marxismo y forma

Teorías dialécticas de la literatura en el siglo xx

Traducción: Cristina Piña Aldao

En el momento de su publicación en 1971, este libro, convertido en un auténtico clásico, constituyó un estudio pionero de la obra de los grandes teóricos marxistas europeos (Adorno, Benjamin, Marcuse, Bloch, Lukács, Sartre), desatendidos durante mucho tiempo (desatención que, en más de un caso, sigue vigente) por el mundo académico. Mediante penetrantes lecturas de cada uno de ellos, Jameson desarrolla un método crítico que ha tenido una gran influencia, al proporcionar un marco para analizar las conexiones entre el arte y las circunstancias históricas de su realización, en particular el modo en que los artefactos culturales deforman, reprimen o transforman sus circunstancias mediante las abstracciones de la forma estética.

La presentación llevada a cabo por Jameson del pensamiento crítico de este marxismo hegeliano ha constituido una fuerte y convincente alternativa tanto a las corrientes empiristas y humanistas, en un primer momento, como posteriormente al posestructuralismo y la deconstrucción cuando ambos se convirtieron en metodologías dominantes de la crítica estética.

Estamos, sin duda, ante un texto que se erige en núcleo central del legado intelectual de Jameson: la descripción y difusión de una tradición marxista occidental en la teoría cultural y literaria.

«La exposición que Jameson hace de las ideas de estos autores es en todo momento estimulante [...] La escrupulosa atención de Jameson a la forma aporta algunas ideas magníficas.» (*Times Literary Supplement*)

«Este libro no sólo constituye una gran aportación a la crítica literaria, sino también un acontecimiento intelectual de primer orden.» (*Library Journal*)

Fredric Jameson (Cleveland, Ohio, 1934), uno de los más influyentes teóricos de la cultura contemporánea, es profesor de Literatura comparada en la Duke University.

Su trabajo, centrado en la investigación sobre la producción cultural, consiguió el reconocimiento mundial tras la publicación de su ensayo *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*.

Premio Holberg 2008 por su destacada aportación a la comprensión de la relación entre las formaciones sociales y las formas culturales, en Akal ha publicado *Arqueologías del futuro* (2009) y *Las variaciones de Hegel* (2015).

Maqueta de portada
Sergio Ramírez

Diseño de cubierta
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
Marxism and Form. Twentieth-Century Dialectical Theories

Publicado por acuerdo con International Editors Co. y Princeton University Press.

© Princeton University Press, 1971

© Ediciones Akal, S. A., 2016
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4387-4

Prefacio

Imagino que, cuando el lector estadounidense piense en la crítica literaria marxista, lo que le vendrá a la mente seguirá siendo la atmósfera de la década de 1930. Las cuestiones candentes de aquellos tiempos –la oposición al nazismo, el Frente Popular, la relación entre literatura y movimiento obrero, el enfrentamiento entre Stalin y Trotsky, entre marxismo y anarquismo– generaron polémicas que podemos recordar con nostalgia, pero que ya no se corresponden con las condiciones del mundo actual. La crítica practicada entonces era de naturaleza relativamente ateorica, didáctica en esencia, más destinada al uso en las escuelas nocturnas que a las clases universitarias, si se me permite decirlo así; y ha sido relegada a la categoría de curiosidad intelectual e histórica, como la que, en forma de ocasional reimpresión aislada de un artículo de Plejánov o referencia de pasada a Christopher Caudwell, se mantiene en la actualidad.

En años recientes, no obstante, ha empezado a hacer sentir su presencia en el horizonte de habla inglesa una crítica marxista distinta. Es lo que podría llamarse –frente a la tradición soviética– un tipo de marxismo relativamente hegeliano, que en los países germánicos puede retrotraerse al entusiasmo teórico de *Historia y consciencia de clase*, escrito por Lukács y publicado en 1923, junto con el redescubrimiento de los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, de Marx; mientras que en Francia podría datarse más adecuadamente a partir de la revitalización de Hegel, que allí se produjo a finales de los años treinta.

Me consideraría satisfecho si los capítulos que siguen se considerasen útiles como introducción general a ese marxismo y a algunos de sus principales teóricos. He intentado en particular efectuar un análisis completo de algunas de sus obras clave –*Teoría de la novela* e *Historia y consciencia de clase* de Lukács, *El principio esperanza* de Bloch, *El ori-*

gen del Trauerspiel alemán de Benjamin, *Filosofía de la nueva música* y *Dialéctica negativa* de Adorno, *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre— que han sido, en el peor de los casos, inaccesibles para el lector de habla inglesa y, en el mejor, poco analizadas.

Incluso una tarea relativamente tan modesta y específica como esta constituye, sin embargo, un programa completo en sí mismo: por una parte, ni siquiera los escritores más conocidos, como Sartre o Lukács, han sido objeto claro de atención en inglés debido al sesgo anticomunista de sus comentaristas, o, a menudo, sencillamente por la ausencia de una cultura marxista genuina en los círculos académicos.

Menos obvio, quizá, es el grado en el que cualquiera que presente la bibliografía dialéctica alemana o francesa se ve obligado —de manera implícita o explícita— a tener en cuenta una tercera tradición nacional, me refiero a la nuestra propia: esa mezcla de liberalismo político, empirismo y positivismo lógico que conocemos como la filosofía anglo-estadounidense y que se muestra hostil en todos los aspectos al tipo de pensamiento aquí esbozado. No es posible escribir para un lector formado en esta tradición —ni siquiera puede uno asimilar la propia formación histórica— sin tener en cuenta este influyente oponente conceptual; y es esto, si se quiere, lo que compone la parte tendenciosa de mi libro, lo que le aporta su filo político y filosófico, por así decirlo. Porque la quiebra de la tradición liberal es tan clara en el plano filosófico como en el político; lo cual no significa que haya perdido su prestigio o su potencia ideológica. Por el contrario, el sesgo antiespeculativo de esa tradición, su hincapié en el hecho o elemento individual a expensas de la red de relaciones en el que dicho elemento puede estar inserto, sigue fomentando la sumisión a lo que es, al impedir a sus seguidores establecer conexiones, y en especial sacar conclusiones por lo demás inevitables en el plano político. Va siendo hora, por lo tanto, de que quienes nos situamos en la esfera de influencia de la tradición anglo-estadounidense aprendamos a pensar dialécticamente, de que adquiramos los rudimentos de la cultura dialéctica y las ar-

mas críticas esenciales que esta proporciona. Me sentiría satisfecho si este libro contribuyese, aunque fuera un poco, a esta evolución.

Este no es un libro, sin embargo, de filosofía sino de crítica literaria, o al menos una preparación para la crítica literaria. El hincapié que Marx hizo en las obras de arte individuales y en el valor que tenían para él (como para Hegel antes y para Lenin después) distaba mucho de ser una cuestión de personalidad: en cierto modo, el cual la teoría marxista debe determinar con mayor precisión, la literatura desempeña una función central en el proceso dialéctico. Podría también añadir que el ámbito cerrado de la literatura, la situación experimental o de laboratorio que la misma constituye, con sus característicos problemas de forma y de contenido, y de relación de la superestructura con la infraestructura, ofrece un microcosmos privilegiado en el que observar el funcionamiento del pensamiento dialéctico.

Al mismo tiempo, si los capítulos que siguen no ofrecen el rigor de la investigación filosófica técnica, su posición en cuanto lenguaje sigue siendo ambigua: porque también distan mucho de ser esbozos introductorios simplificados, o recensiones periodísticas de las diversas posiciones e ideas clave de un escritor, los relatos anecdóticos de su situación y su relación con los problemas de su tiempo. No es que estas cosas carezcan de interés o de utilidad; pero desde mi punto de vista se mantienen sólo en el nivel de la pura *opinión*, es decir, de actitudes intelectuales asumidas desde fuera. Considero que el método dialéctico únicamente puede adquirirse mediante una atención concreta al detalle, mediante una experiencia empática interna de la construcción gradual de un sistema de acuerdo con la necesidad interior de este. Y tampoco he intentado «reconciliar» estas interpretaciones diversas en el transcurso de la presentación; sí me he propuesto describir en el último capítulo el proceso de pensamiento dialéctico, en general, y las formas que tiene de abordar la literatura, en particular.

Debería decir algo acerca de la diferencia de peso entre los capítulos alemanes y los franceses. Desde el punto de

vista de la tradición anglo-estadounidense, ambos modos de pensamiento son igualmente interesantes, igualmente liberadores, pero de formas distintas. Vale la pena señalar que el pensamiento dialéctico en Alemania siempre ha sido una tradición filosófica oficial, si no *la* tradición filosófica oficial; recientemente, de hecho, el triunfo de Adorno sobre la filosofía existencialista de Heidegger marcó la renovación de las escuelas con esta tradición, tras la prolongada oscuridad del periodo hitleriano.

Esta es la razón por la cual pienso –puesto que en Alemania la dialéctica habla de algún modo en su propio nombre– que he ordenado estos capítulos en torno a la propia señal del Discurso; porque en las obras de las que tratan, como ya en Hegel, el pensamiento dialéctico resulta ser ni más ni menos que la elaboración de frases dialécticas. Para mostrar un poco la sensación que produce esta percepción del movimiento de la realidad como un logos, he recurrido a la propia terminología de las figuras lingüísticas en sí, de los tropos y la retórica, en las que el funcionamiento del pensamiento dialéctico se observa como un proceso o figura; o a la de un tipo de presencia y desciframiento de la experiencia que pueden ser considerados una exégesis hermenéutica de un texto.

Este es, sin duda, el momento de decir algo respecto al estilo; y con independencia de mis reservas acerca de la estilística como método en sí mismo, sigo fiel a la noción de que –para ser realmente completa– cualquier descripción concreta de un fenómeno literario o filosófico tiene la obligación fundamental de asimilar la forma de cada una de las frases, de explicar el origen y la formación de las mismas. En estos capítulos no siempre he llegado tan lejos.

En ninguna parte la hostilidad de la tradición anglo-estadounidense hacia la dialéctica es más perceptible que en la idea generalizada de que estas obras ofrecen un estilo oscuro y farragoso, árido, abstracto, o, por resumirlo en una cómoda muletilla, *germánico*. Puede admitirse que no se adaptan a los cánones de redacción periodística, clara y fluida que se enseña en las escuelas. Pero, ¿y si esos idea-

les de claridad y simplicidad hubiesen pasado, en nuestro contexto actual, a cumplir un fin ideológico muy distinto del que Descartes tenía en mente? ¿Y si, en estos tiempos de superproducción de materia impresa y proliferación de métodos de lectura rápida, estuviesen pensados para permitir al lector pasar aceleradamente por una frase, de modo tal que le permita recibir sin esfuerzo y de pasada una idea preconcebida, sin sospechar que el verdadero pensamiento exige un descenso a la materialidad del lenguaje y un consentimiento al tiempo en sí en la forma de frase? En el lenguaje de Adorno –quizá la inteligencia dialéctica más aguda, el mejor estilista de todos ellos– la densidad es en sí una conducta de intransigencia: la irritante masa de abstracciones y referencias cruzadas está pensada precisamente para ser leída en situación, contra la facilidad barata de lo que la rodea, como una advertencia al lector del precio que debe pagar por el verdadero pensamiento. La resuelta abstracción de este estilo se plantea como un imperativo para superar el fenómeno individual y empírico y llegar a su significado: la terminología abstracta se aferra a su objeto como una *señal* de la incompletitud de este, de su necesidad de volver a situarse en el contexto de la totalidad. No logro imaginar que cualquiera con el más mínimo gusto por la naturaleza dialéctica de la realidad permanezca insensible al placer puramente formal de tales frases, en las que el cambio de los engranajes del mundo y el inesperado contacto entre categorías y objetos en apariencia no relacionados y distantes encuentran una formulación repentina y espectacular. No es, me gustaría recalcar, cuestión de *gusto*, de igual modo que la validez del pensamiento dialéctico no es cuestión de *opinión*; pero también es cierto que no puede haber réplica a que alguien prefiera analizar el tema en esos términos.

Al pasar a la tradición francesa, queda claro de inmediato que es de carácter mucho más concreto: Francia se ha convertido, de hecho, en el hogar filosófico de la fenomenología y, con Lacan, del freudismo, así como del marxismo aplicado. Porque la situación francesa es tal que el pensa-

miento dialéctico, como el psicoanálisis, nunca ha sido una filosofía oficial, y ha tenido que expresarse, por consiguiente, mediante una soterrada influencia en otras filosofías y otras disciplinas: en forma de cultura marxista extracurricular o mediante la ya mencionada revitalización de Hegel. De ese modo Lévi-Strauss se ha declarado marxista, mientras que es incalculable la medida en la que el existencialismo sartreano debe su enorme influencia no tanto a los elementos obtenidos de Kierkegaard o Heidegger como, por el contrario, a los que halló en el propio Hegel.

Crítica de la razón dialéctica es, sin embargo, en esencia una obra de ciencia política, y quizá parezca paradójico verla analizada con tanto detenimiento en un libro dedicado a la crítica literaria. En el caso del pensamiento dialéctico, sin duda, es imposible separar indefinidamente lo político de lo ideológico o de lo cultural; el libro de Sartre, asimismo, tiene la ventaja de permitirnos abordar directamente esas realidades de la clase y de la base económica y la historia dadas meramente por supuestas en los capítulos alemanes. Pero fundamentalmente el valor del libro de Sartre, para la crítica literaria dialéctica, radica en su modo de plantear el problema –vital para cualquier teoría marxista– de la *mediación*: en otras palabras, ¿cómo pasamos de un plano de la vida social a otro, de lo psicológico a lo social y, de hecho, de lo social a lo económico? ¿Cuál es la relación de la ideología, por no hablar de la obra de arte en sí, con la realidad social e histórica más fundamental de los grupos en conflicto? ¿Cómo debemos entender estos últimos si queremos poder contemplar los objetos de arte como actos sociales, a un tiempo ocultos y transparentes? El enorme libro de Sartre aporta, por lo tanto, las técnicas para una genuina *hermenéutica* marxista, técnicas que procedo después a sistematizar en un último capítulo en el que, en expresión de Derrida, «deconstruyo» el modelo básico de crítica literaria dialéctica y demuestro sus diversas funciones.

El intento de entender con algo más de precisión parte de las inferencias metodológicas de una posición marxista encontrará, sin duda, objeciones de diversos tipos. Si, co-

mo cree Lichtheim, el marxismo es alemán e histórico, es decir, está superado y acabado en cuanto filosofía viva y en evolución, lo que hacemos aquí tiene por fuerza que ser algo distinto. Desde el punto de vista de los diversos marxismos, los escritores de este libro abarcan desde el idealismo neohegeliano, el simple revisionismo y el existencialismo hasta el desviacionismo de extrema izquierda y el ultrabolchevismo (la descripción que Merleau-Ponty hace del último Sartre, el marxista). Por mi parte, entiendo el revisionismo como el acto de hacer cómoda y digerible una teoría dejando fuera todo aquello que exija praxis o cambio, todo lo que pueda ser doloroso para el consumo intelectual puramente contemplativo de un público de clase media; así, la revisión de Freud suprime discretamente lo que podríamos denominar su fundamento materialista, a saber, la insistencia en la etiología explícitamente sexual de los trastornos de la personalidad. El revisionismo marxista, desde Bernstein, ha supuesto de modo similar la eliminación de la noción de lucha de clases propiamente dicha; y evidentemente el lector tendrá que sacar su propia conclusión respecto a tendencias de ese tipo en el presente trabajo.

Dicho lector tiene, sin embargo, derecho a una explicación más completa de por qué debería familiarizarse en tal medida con un sistema tan remoto, complejo y severamente técnico como es la filosofía de Hegel. Yo he adoptado aquí la posición de que en realidad Marx *incluye* a Hegel, pero entiendo perfectamente, al mismo tiempo, que un equipamiento conceptual tan elaborado pueda parecer desproporcionado para el trabajo cotidiano de la crítica literaria y para cada uno de los textos. Esto supone juzgar mal la función de la crítica literaria como tal en el proceso de la educación política.

Podemos calificar de *genética* la retórica de la crítica marxista más antigua, por su hincapié en la evolución histórica y en la emergencia de las instituciones capitalistas a partir de modos anteriores de organización social: el feudal y el tribal. Las obras de Gordon Childe proporcionan un ejemplo familiar y característico de dicho enfoque en la historio-

grafía británica; mientras que, en el ámbito de la crítica literaria, los libros de Christopher Caudwell, de Ernst Fischer y la *Estética* de Lukács bien pueden tomarse como ilustraciones, cada uno a su modo, de la misma estrategia básica, que centra la atención del lector en la diferenciación inicial del arte en sí a medida que se aparta del ritual y la religión y se establece gradualmente: primero, como conjunto de técnicas especializadas por derecho propio y, por último, como negocio, o antinegocio, en los tiempos modernos. El efecto ideológico de dicho enfoque, por encima y más allá de los datos antropológicos de los que se ocupa en el plano literal, es el de reordenar nuestra percepción del presente histórico, de reestructurar nuestra visión de la sociedad moderna de modo tal que tras el individualismo del presente literario y artístico podamos distinguir la forma de una práctica artística colectiva más antigua. La idea de la evolución histórica es así, en esencia, una *forma* o un pretexto para una nueva politización de nuestro pensamiento, lo cual nos deja entender qué tipos futuros de renovación y regeneración sociales tenemos a nuestra disposición al permitirnos atisbar el arte socialmente funcional y más saludable del pasado.

La cultura occidental de hoy en día, sin embargo, ya no se presta a esa reestructuración polémica. Por una parte, porque dudo de que siga habiendo muchos que sientan que en nuestro arte o en nuestra propia sociedad –al menos en el extremo alcanzado en Estados Unidos en la actualidad– hay mucho que merezca ser salvado de ese modo. Por otra, porque la continuidad entre el pasado y el presente prehistórico e histórico de la que dependía dicha demostración parece haber sido destruida definitivamente por los nuevos modos de producción y organización del capitalismo posindustrial. La realidad que debía afrontar la crítica marxista de la década de 1930 era la de una Europa y una Norteamérica más simples, que ya no existen. Dicho mundo tenía más en común con las formas de vida de siglos anteriores que con la nuestra. Decir que era más simple no significa en modo alguno afirmar que fuese también

más fácil: ¡al contrario! Era un mundo en el que el conflicto social estaba agudizado y era más claramente visible, un mundo que proyectaba un modelo tangible de antagonismo entre las diversas clases, tanto dentro de los distintos Estados-nación como asimismo en la escena internacional, un modelo tan estricto como el Frente Popular o la Guerra Civil española, donde se llamaba a las personas a tomar partido y morir, que siempre son, después de todo, las cosas más difíciles.

Son estas visibilidad y continuidad del modelo de clase, desde la experiencia cotidiana en el hogar y en la calle hasta la movilización social en sí misma, las que ya no están disponibles hoy en día. Su desaparición es, por supuesto, una cuestión relativa y nacional. Así Francia conserva un carácter de clase que la Alemania del *Wirtschaftswunder* ha perdido desde entonces, y esto se refleja claramente en los respectivos énfasis de las obras analizadas en el presente libro. Pero en su mayor parte, y en especial en Estados Unidos, el desarrollo del capitalismo monopolista posindustrial ha traído consigo una creciente ocultación de la estructura de clases mediante las técnicas de mistificación practicadas por los medios de comunicación y en especial por la publicidad en su enorme expansión desde el comienzo de la Guerra Fría. Desde el punto de vista existencial, lo que esto significa es que nuestra experiencia ya no es completa: ya no conseguimos establecer una conexión percibida entre las preocupaciones de la vida personal, que sigue su propio curso dentro de los muros y los confines de la sociedad próspera, y las proyecciones estructurales del sistema en el mundo exterior, en forma de neocolonialismo, opresión y guerras contrainsurgentes. Desde el punto de vista psicológico, podemos decir que, en cuanto economía de servicios, estamos a partir de entonces tan apartados de las realidades de la producción y del trabajo en el mundo, que habitamos en un mundo onírico de estímulos artificiales y experiencia televisada: nunca en ninguna civilización anterior han parecido las grandes preocupaciones metafísicas, las

cuestiones fundamentales del ser y del significado de la vida, tan remotas e inútiles.

En tal situación, dentro del propio Estados Unidos, no hay cuestión táctica o política que no sea ante todo teórica, ninguna forma de acción que no esté inextricablemente enmarañada con las pegajosas telas de araña de la cultura falsa e irreal, con su mistificación ideológica en todos los niveles. No si el activista callejero o la guerrilla urbana pueden vencer contra las armas y la tecnología del Estado moderno, sino para empezar y muy precisamente dónde está la calle en el super-Estado, y, de hecho, si la calle al estilo antiguo sigue existiendo como tal en esa red continua de mercadotecnia y producción automatizada que compone el nuevo Estado; tales son los problemas teóricos del marxismo en la actualidad, al menos en los que podrían denominarse países superdesarrollados.

Porque es perfectamente congruente con el espíritu del marxismo –con el principio de que el pensamiento refleja su situación social concreta– el que deban existir varios marxismos distintos en el mundo de hoy, cada uno de los cuales respondiese a las necesidades y a los problemas específicos de su propio sistema socioeconómico: así, uno se corresponde con los países industriales posrevolucionarios del bloque socialista, otro –una especie de marxismo campesino– con China, Cuba y los países del Tercer Mundo, mientras que todavía otro intenta abordar teóricamente las cuestiones singulares planteadas por el capitalismo monopolista en Occidente. En el contexto de este último marxismo, que estoy tentado de llamar posindustrial, es donde los grandes temas de la filosofía hegeliana –la relación de la parte con el todo, la oposición entre lo concreto y lo abstracto, el concepto de totalidad, la dialéctica de la apariencia y la esencia, la interacción entre sujeto y objeto– vuelven a estar en el orden del día. Si desea ser *diagnóstica* además de descriptiva, cualquier crítica literaria que los pase por alto se verá obligada a reinventarlos.

La Jolla